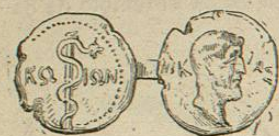


ban sin embargo encorvándose lisonjeramente ante ellas.

En Judea misma, la repulsión que la masa de los judíos sentía hacia las ideas extranjeras, se aumentaba con todo el odio excitado por un príncipe que se había hecho representante de una unión tenida por sacrilega y que mantenía á este pueblo testarudo bajo un despotismo inexorable.

Así, hallábase la Judea en un extraño estado moral. Los espíritus estaban agitados por una recóndita fermentación que vino á aumentar todavía la gran conmoción causada por la caída de la gran república. Salvábase el presente



Moneda de Cos (1)

con las ilusiones del porvenir: las profecías mazdeínicas sobre el *Libertador*, que habían penetrado de la Persia en la Palestina, precisaban y fortalecían la antigua creencia en el Mesías, y los libros apocalípticos anunciaban el próximo advenimiento del glorioso y santo reinado de un hijo de David (2). En Jerusalén negaron á Herodes el juramento de fidelidad seis mil fariseos, y predecían la venida de un rey que haría milagros.

Todo el Oriente esperaba á este Señor, y en la Judea eran muchos los que se creían llamados á realizar las profecías (3). En Jerusalén, enfrente del rey helenizado, sentado en el trono de David, era donde se iba á empeñar el gran combate de las creencias religiosas.

II. — FRONTERA DEL NORTE.

Para completar este estudio del mundo romano nos queda pasar revista á ciertos pueblos que bordeaban la frontera del imperio y se mezclarán incesantemente en su historia, algunos de ellos hasta comprendidos en sus límites.

Bretanos. — La Bretaña estaba ligada á la Galia por su población de un mismo origen, sus druidas afiliados á los del continente y algunas relaciones de comercio, pero no todavía por la dependencia política. A pesar de su doble expedición, César se contentó con un mediocre tributo que los insulares se olvidaron muy pronto de pagar; y Octavio, después de algunas amenazas, renunció completamente un dominio, á su parecer inconveniente, reconociendo que la conquista de Bretaña era menos necesaria de lo que el procónsul creyera para la seguridad de la Galia.

Pero en cuanto al Este, César había juzgado con acierto. Más allá del Rin había siempre un peligro que temer, porque las tribus que pululaban á lo largo del río eran el nervio del mundo bárbaro en marcha desde muy larga fecha hacia los países de Occidente.

Nunca supieron los galos defender los pasos del río: los

(1) ΝΙΚΙΑΣ. Cabeza de Nicias á la derecha; en el reverso ΚΩΙΩΝ. Serpiente enroscada en un palo. Moneda de bronce de Cos.

(2) El Mesías no era esperado sólo por los judíos que se habían diseminado por toda el Asia occidental, sino también por los adoradores de Ormuz, cuyo triunfo estaba anunciado por el *Vendidad* y la mayor parte de los escritos religiosos de los mazdeínicos. De la mezcla de las ideas contenidas en los cantos de los profetas hebreos con las doctrinas pérsicas nacieron los Apocalipsis, de los cuales el primero es el libro de Daniel, y el último, ó á lo menos el más célebre, el de San Juan (M. Nicolas, *Doctrinas religiosas de los judíos durante los dos siglos anteriores á la era cristiana*, págs. 266 y sig.).

(3) Véanse en Josefo (*Ant. Jud.* XVII) las turbaciones que estallaron en Judea á la muerte de Herodes. Un pastor se declaró rey; un antiguo sirviente de Herodes tomó también este título. Tres legiones y tropas auxiliares de los reyes vecinos necesitó Varo para calmar estos disturbios, y también un castigo horrible, crucificar á dos mil judíos.

belgas y los cimbrios lo habían franqueado, y los suevos ocuparon mucho tiempo una provincia en la Galia. Los ciento veinte mil guerreros de Ariovisto no eran sino la vanguardia de aquel gran pueblo, cuyas tribus se extendían desde las fuentes del Danubio hasta el mar Báltico:

Así, pues, la victoria de César no había quebrantado su poder, y delante de él huían en número de cuatrocientos mil los usípetes y los téneteros, cuando volvieron á encontrar las legiones del procónsul, que los rechazaron á la orilla derecha del Rin, después de atroz carnicería.

Ya vimos en otro lugar las disposiciones tomadas por Agripa para prevenir la repetición de estas tentativas; pero toda la habilidad de los caudillos, toda la bravura de las legiones, todas las precauciones defensivas no harán más que retardar el peligro. Viniendo á chocar Roma con la Germania, encontró una guerra que, comenzada á orillas del Rin con Ariovisto, acabará á orillas del Tíber con Alarico.

Germanos. — Las legiones no habían inquietado aun bastante á los germanos para que, bajo el amago de la invasión, hubieran estos reunido sus pueblos en forma de vastas confederaciones, como lo harán más tarde. En sus llanuras sin límites y bajo sus bosques seculares, uno de los cuales tenía sesenta jornadas de marcha, fermentaba un caos de prolíficos pueblos, *gens numerosa*, que eran invencibles, porque un conquistador extranjero no hubiera sabido cómo ni por dónde acometerlos, ni menos cómo retenerlos después de domados. Sin ciudades donde se concentrara la vida nacional, no tenían más que pobres é innumerables villajos, dispersos en los cantones, *pagi*. Ni un templo en sus dominios, pues no eran capaces de edificarlos; ni estatuas de los dioses, que tampoco hubieran sabido hacer; adoraban esa naturaleza que aman todavía tanto, la tierra, el agua, las montañas, los bosques llenos de misterios y religiosos terrores. Ni tenían casta sacerdotal, ni aristocracia guerrera que los mantuviera en yugo, aunque hubieran reconocido en sus sacerdotes el derecho de castigar ciertas faltas; sino adivinos de ambos sexos, sacrificios de caballos, y á veces de hombres, y el porvenir buscado en las entrañas de las víctimas (4).

Finalmente sus jefes ó caudillos eran elegidos entre los más bravos (5). Si los reyes, elegidos en familias consagradas, debían esta dignidad á su nacimiento, simples representantes de la tribu no tenían más prerrogativa que la de mantener la unidad nacional; el consejo de los jefes, y después el pueblo, examinaba los más importantes negocios, *de minoribus rebus principes consultant, de majoribus omnes*, y se decidía por el sufragio de las armas, golpeando los escudos con las espadas.

Tampoco encargaban á la autoridad pública de reprimir los crímenes privados: el ofendido se tomaba la justicia por su mano, vengando la ofensa por sí mismo, ó bien él

(4) El jefe de familia consultaba la suerte como el sacerdote de la ciudad, y el rey ó caudillo tomaba con éste los auspicios para los negocios públicos. Si la religión tenía ayudantes particulares para ciertas ceremonias, no era un monopolio para nadie (Tácito, *Germ.* 10 y 11). César dice que no tenían cuerpo sacerdotal ni sacrificios, y según Tácito, ni templos ni simulacros. En tiempo de este escritor no habían recibido aún el culto de Wodan, ni la mitología y tradiciones heroicas de que salieron el *Edda* y los *Nibelungen*.

(5) *Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt* (Tácito, *Germania*, 7). Había sin embargo una especie de nobleza hereditaria adquirida por grandes servicios (*Ibid.* 13). Estos pueblos no tenían nombre común. Los romanos les dieron el de *Germanos*, *Wehrman*, combatiente, guerrero. En una época relativamente moderna, tomaron ellos el de *Deutsch*.

y sus deudos obligaban al agresor á pagar una compensación en ganado.

Así, ni la religión, ni la organización social reprimieron entre los germanos el arranque de su fogoso y violento natural. Y esta libertad, este ardor de sangre demasiado joven, tenían su necesaria aplicación á la guerra, á continuos combates ó á juegos casi tan terribles, como saltar en medio de espadas y frámeas de punta, ó bajar sobre los escudos la rápida pendiente de una montaña á través de precipicios.

Después de la victoria venían las orgías interminables, en las cuales se invertía todo el botín. Al amanecer, comenzaban de nuevo las carreras lejanas; porque un hombre libre, un hijo de aquel dios Tuiston, que celebraban en sus cantos nacionales (1), no trabajaba: hubiérase avergonzado de ganar con el sudor lo que podía ganar con la sangre. Sus esclavos, cogidos en la guerra ó comprados, y su mujer se cuidaban del ganado, su principal riqueza, ó cultivaban el campo; en cuanto á él, no dejaba sus armas ni aun en los festines. Como entre los Píeles Rojas, la caza y los combates solamente debían ocupar á un guerrero (2). La religión refleja las costumbres y los pensamientos íntimos de los creyentes: en el *Walthalla*, el Olimpo de los germanos, no habrá más que continuas batallas y prolongados festines.

Las mujeres germanas eran dignas compañeras de sus maridos. El día de sus desposorios reciben por presentes nupciales, bueyes, un caballo de guerra y un escudo con la espada y la frámea; estos viriles donativos les significaban que tenían que tomar parte en los peligros: *sic vivendum, sic pereundum*. La sangre no las espantaba ni mucho menos.

«Ni la madre ni la esposa temen contar las heridas de seres queridos, hasta sondean su profundidad sin cosa de desaliento ni desmayo. En el combate dan ánimo y víveres á los combatientes. Se han visto ejércitos vacilantes, casi vencidos, volver á la carga á excitación de las mujeres, que se presentaban á los fugitivos mostrándoles el seno para que las hirieran prefiriendo la muerte á la servidumbre. Así creen los germanos que el sexo femenino tiene algo divino y profético, por lo cual no desdeñan sus consejos ni olvidan sus predicciones.»

En Roma, el joven se hacía ciudadano tomando la toga viril, el vestido de la ciudad y de la paz; entre los germanos, el joven no podía sentarse entre los hombres, tenerse por hombre para alternar con los guerreros, sino después de haber recibido en pública asamblea el escudo y la lanza, los instrumentos de la guerra. Este día se agregaba al séquito de un jefe de renombre.

«Hay, dice Tácito, hay una grande emulación entre los compañeros para el primer lugar al lado del jefe, y entre los jefes por tener los más numerosos y valientes compañeros. En la acción sería vergonzoso para un jefe que se le superara en valor, y para los compañeros en no igualársele en bravura. El que se atreviera á volver de un combate en que hubiera muerto el jefe, quedaría deshonrado para toda la vida. Cuando el pueblo languidece en el ocio de una

(1) *Tuistonem* sería mala lección de la *Germania* de Tácito. Debe leerse *Teutonem* (Holtzmann, *Erklärung von Tacitus Germania*).

(2) Los suevos, dice César (*de Bello Gall.* IV, 1; VI, 22), no conocen la propiedad individual del suelo. Todos los años asignan los jefes á cada cual su lote ó partija. El mismo estado social existía en tiempo de Tácito (*Germ.* 26); más tarde cambió, gracias á la proximidad de los galo-romanos, cuyos usos se extendieron poco á poco en la Germania. Por lo demás, la casa del germano y su cercado, que formaban sin duda la *tierra sálica*, estaban naturalmente excluidos de la repartición anual, que se aplicaría solamente á lo que llamaríamos el procomún.

larga paz, los caudillos van á ofrecer sus servicios á las naciones que están en guerra: tanto los aburre el reposo; fuera de que saben muy bien que la gloria está en los peligros y en ella los medios de conservar el prestigio y un séquito brillante, porque los compañeros no tienen más sueldo que la mesa del jefe y sus presentes ó donativos militares, un caballo de batalla, un escudo, ó una sangrienta y victoriosa frámea.»

Estas asociaciones de peligros y de gloria formarán las bandas de aventureros, que por espacio de cuatro siglos fatigarán sin tregua al imperio romano, dándole mil golpes por uno que sepa parar.

La Germania no se fraccionaba enteramente en estos grupos aislados, excelentes para el pillaje, para una sorpresa audaz, pero incapaces de sostener una lucha en regla con tropas organizadas. Tenía grandes pueblos que obraban á veces en cuerpo de nación y entonces venían á ser terribles: los cimbrios, los teutones, los suevos y los téneteros, que hemos visto en Galia; y los brúcteros, los caucos, los queruscos y marcomanos, que las legiones combatirán en Germania, eran poderosas aglomeraciones de hombres; los unos hicieron ya temblar á los soldados de Mario y de César, los otros exterminarán á los de Varo.

Por debajo de los guerreros, los *lites*, que sin ser esclavos, tampoco eran libres; eran los restos ó descendientes de los pueblos vencidos. Tenían mujeres é hijos y podían comparecer en justicia; pero no entrar en las asambleas públicas. Estos desgraciados habían de trabajar en provecho de los que los habían tomado bajo su patronaje, *mundium*.

Tácito asegura que esta sociedad grosera y brutal trataba al esclavo con benevolencia, respetaba á la mujer, abría al extranjero la puerta de su casa y garantizaba al acusado el juicio de sus iguales: más de un uso de la Europa feudal estaba contenido aquí en germen. Estos reyes, por ejemplo, que encontramos sin poder, pero rodeados de un religioso respeto, saldrán de sus bosques y de su oscuridad para subir al trono de Clodoveo; y algunos de estos jefes, á los cuales se entregan sus compañeros por la vida y por la muerte, serán los ascendientes de nobles señores que deberán su poder á la abnegación de sus fieles (3).

Cuando estos hombres violentos, de fierá mirada, de cuerpo mal cubierto con una piel de auroc ó de otra bestia brava, cantan su himno salvaje apretando los labios contra el escudo, no hay corazón tan firme que no se estremezca; pero sus ojos azules y vagos y su fresco rostro sombreado por blanca cabellera, dicen que estos niños mal criados, se amansarán un día y se dejarán conducir por la voz amiga que ha de despertar en ellos los instintos ingenuos. El sicambro amansado bajará la cabeza para escuchar las aves del cielo, los mil rumores misteriosos de los grandes bosques, ó los salmos de los sacerdotes cristianos perdiéndose en las bóvedas de las catedrales góticas: más tarde será poeta soñador y erudito y sabio; pero siempre conservará algo de su brutalidad primitiva y con frecuencia su inconsciencia del bien y del mal.

Muchos rasgos de este cuadro están tomados del historiador poeta que se complació en embellecer las costumbres

(3) No quiero decir que nuestros nobles de la Edad media descendían de los germanos. Después de las invasiones, el principio de las clientelas romana, gálica y germánica, que era la abnegación del hombre por el hombre, reapareció gracias á las circunstancias de la nueva sociedad; el de la abnegación del ciudadano por la ciudad, que hizo las grandes repúblicas de Grecia y Roma, se conservará oscuramente en los viejos municipios, en que se mostró con esplendor en la revolución comunal.

de los bárbaros para oponerlas á los vicios de los romanos. El libro de Tácito es el evangelio histórico de nuestros vecinos, que han hecho salir de él muchas cosas admirables en honor de su raza. Con imprudente generosidad los han apoyado mucho tiempo nuestros sabios en sus pretensiones de no ver en la civilización moderna más factores que el germanismo, *das Germanenthum*, como si las demás naciones hubieran permanecido ociosas y mudas ante la nueva revelación caída del Sinaí germánico. Renunciando á reconocer en los galos todas las virtudes que se les atribuían, hemos adquirido el derecho de negar á los germanos la aureola con que ellos se ciñen.

La verdad es que, por espacio de cuatro siglos esta raza rapaz y feroz fué el azote del mundo, y Gregorio de Tours contesta á Tácito, mostrando los groseros y crueles instintos de unos hombres sin respeto á la santidad del juramento, sin piedad para el vencido, sin fidelidad á la mujer, sin benevolencia para el niño y el débil. «Buscad con toda diligencia, dice el doctísimo Guerard, inquirid lo que la civilización debe á los conquistadores del imperio de Occidente y difícilmente encontraréis algún bien que pueda hacerle honor.»

¿Por qué no sometió Roma á la Germania como á la Gاليا? A orillas del Rin acababa el mundo greco-romano con sus galos semi-bárbaros, que muy luego no lo serán; en la otra orilla comenzaba un mundo desconocido, donde Roma no encontraba á nadie que le hubiera preparado las vías. En Africa, Cartago; en España, los fenicios, los griegos; en Gاليا, Marsella; en Asia, los sucesores de Alejandro habían luchado antes y conquistado por ella; por todas partes había encontrado un punto de apoyo, un trabajo de asimilación comenzado. Aquí, nada; ni un reflejo de la civilización antigua había pasado el Rin ni el Danubio para guiar sus pasos y alumbrar su camino, en aquel suelo inundado por las perezosas aguas de sus ríos ú oculto bajo impenetrables bosques. Ya este mundo en que hierve una vida exuberante, toca en el momento en que ha perdido su savia guerrera, en que, acabada su obra, no quiere más que adormecerse dulcemente en la paz y en el placer. He aquí el gran peligro del imperio.

Dacios. — Ordinariamente no se ve el riesgo sino en el Rin, porque allí es donde se han dado los golpes más ruidosos; pero estaba también en el Danubio, y la barbarie hacía esfuerzos para salir por estas dos puertas á la vez. Pero antes de Accio, las legiones habían tenido que acudir á las dos fronteras de la Germania. Agripa había pacificado el Rin, y Octavio penetrado en el valle del Danubio por medio de la Iliria conquistada y de la Panonia despavorida. Lo hemos visto dejar veinticinco cohortes en Segesta, la plaza más fuerte de la última provincia. Pero esta expedición había sido un golpe de audacia, y la guarnición establecida en la ciudad panonia no era más que un puesto avanzado, destacado audazmente lejos del cuerpo de batalla.

Al rededor de Segesta y de la otra parte del rio habitaban tribus belicosas, mezcla de galos, de ilirios, de tracios y germanos, con los cuales era menester estar siempre á lo imprevisible. Los bastarnos, refugiados ahora entre los getas, ¿no tomaron un día el camino de Italia? ¿Y no habían dominado más tarde los escordiscos las orillas del Save, en el corazón de la Tracia, y hasta las costas del Adriático, al que lanzaban sus flechas en despecho de no poder lanzarlas contra Roma?

En medio de sus desiertos, estas hordas semi-nómadas son como las olas, que en la calma del mar corren capri-

chosamente á lo largo de la playa, pero que se encrespan y amontonan furiosas al impetu de recio viento. A la voz de un hombre hábil y resuelto estas tribus suelen acercarse, y elevan por algún tiempo imperios formidables. Un geta, Birebistas, hubo de poner á todo su pueblo bajo su mando por los mismos medios de que se valió después Atila, exaltando el fanatismo religioso y guerrero (1). Todo había cedido ante él, desde el Ponto Euxino hasta el país de los nóricos. Los boyos, expulsados de Italia, habían encontrado asilo en estos pueblos, y Birebistas los obligó á huir más hacia los vindélicos, haciendo de su país un desierto. Los tauriscos tuvieron la misma suerte; represalias inesperadas de las incursiones de aquellas rapaces tribus en la alta Italia; la Tracia quedó devastada hasta las fronteras de Macedonia, y ya comenzaban los romanos á inquietarse, cuando este audaz jefe pereció en una sedición, y con él también su imperio.

Divididos en cinco pequeños Estados, habían perdido los dacios toda ambición. Sin embargo, todavía podían armar cuarenta mil combatientes, y por eso más bien contra ellos que contra los panonios, había dejado Octavio veinticinco cohortes en Segesta. Los acontecimientos justificarán estas alarmas: este pueblo le infligirá la mayor vergüenza militar. Los queruscos matarán á Varo y tres legiones; pero los dacios obligarán á Domiciano á pensionar á sus jefes.

Como tantos otros grandes ríos, el Danubio llega pobremente al mar, por lo cual no se alzaron grandes ciudades á su embocadura. Los bastarnos, los getas y los sármatas andaban errantes á sus orillas, armados de flechas envenenadas y esperando que el invierno echara un puente de hielo sobre el río para pasar á la otra margen á hacer algunos cautivos y un mezquino botín.

Herodoto creó á los getas una buena reputación, llamándolos los más bravos y justos de los tracios. «Los getas, añade, se creen inmortales y piensan que los que mueren van á gozar con su dios Zalmoxis banquetes interminables (2). Cada cinco años sacan por suerte á uno de su nación y lo envían á llevar noticias de ellos á Zalmoxis, con encargo y misión de representarle todas sus necesidades. He aquí cómo se hace esta singular embajada. Tres de ellos tienen sus lanzas de punta en posición vertical, mientras otros agarran de los pies y de las manos al que han de enviar á Zalmoxis; lo ponen en movimiento para mandar fuerza y darle impulso y lo arrojan luego al aire de manera que caiga sobre las puntas de las lanzas. Si muere de sus heridas, entienden que el dios les es propicio, y si sana lo acusan de ser un malvado, á quien rechazan los dioses. Cuando cesan de acusarlo, despachan con las mismas órdenes y por la misma vía á otro, mientras el otro vive. Estos mismos tracios disparan flechas contra el cielo cuando truena, amenazando al dios que suelta el rayo, persuadidos de que no hay otro dios que el que ellos adoran.» Estas costumbres permiten poner en duda la justicia de los getas.

Escitas y sármatas. — Más allá de los getas hasta la Lagu-

(1) Se ha discutido mucho sobre los dacios, los getas y los tracios, y se discutirá más aún, porque no se conocen de la lengua gética más que 144 nombres propios, que no bastan para determinar el carácter de este idioma. Parece, sin embargo, que se puede admitir que todas las tribus establecidas en las dos orillas del bajo Danubio, los dacios al Norte, los getas al Sur y los tracios en los Balkanes y hasta cerca del mar Egeo, han tenido un origen común. Wietersheim acerca á los getas y á los godos, admitiendo que hubieran estado separados mucho tiempo.

(2) Este Zalmoxis era el Dionisos tracio y el Sabacios frigio. Se han encontrado en la Tracia inscripciones funerarias que recuerdan las alegrías prometidas á los iniciados de los misterios dionisiacos (Lenormant, *Voie Eleus.* 410).

na Meótide, toda la costa fértil del Euxino estaba abandonada á los bárbaros. Allí, aun andaban errantes los escitas de Herodoto, viviendo de carne de caballo y de leche de sus yeguas. No tenían más habitaciones que sus carros, que los trasportaban sin cesar de las orillas del Borístenes (Nieper) á las del Tanáis (Don). Una de sus tribus, los escitas reales, ejercía en el resto de la nación una especie de supremacía y suministraba el rey por cuya autoridad se mantenía la unidad religiosa y política de la raza. Cada horda tenía, sin embargo, su jefe separado, su culto y sus costumbres particulares: algunos se habían detenido á lo largo del Borístenes y del Hipanis (Bug) donde cultivaban el trigo; otros habían recibido la influencia de la colonia griega de Olbia.

Estas tribus parecían indomables. «De todos los pueblos que conocemos, dice Herodoto, los escitas son los que han encontrado el medio más seguro de conservar su libertad, y es no dejar que el enemigo se acerque, cuando no quieren combatir.»

Al Este del Tanáis habitaban los sármatas que debían heredar por algún tiempo el poder de los escitas y ser á su vez sustituidos por los eslavos, pueblos oscuros durante mucho tiempo, y hoy no les basta, al parecer, la mitad de Europa y la tercera parte del Asia.

Tucidides decía de las naciones escíticas que habrían sido irresistibles, si hubieran estado unidas: la distancia engañaba al grave historiador. Aquellos pueblos mal conocidos, que en Europa habían arrostrado á Darío y en Asia á Alejandro, no parecían sino muy fuertes; pero, como sus descendientes, lo eran mucho más para la resistencia que para la invasión ó conquista. Protegida Roma contra ellos por los Cárpatos y el Danubio, no tenía nada que temer, y las colonias griegas establecidas en las costas del Euxino vivían sin inquietud á las inmediaciones de aquellos bárbaros pagando tributo á unos, guerreando con otros, y procurando atraer á los más próximos á la civilización helénica.

Uno de aquellos reyes escitas se hizo construir en Olbia una gran casa con ornamentación de esfinges y grifos de escultura.

A la embocadura del Tanáis había también un reino griego floreciente, el Bósforo cimerio, que formando un Estado independiente y todo, estaba en esta parte como una avanzada del mundo civilizado, y por consiguiente venía á ser un centinela en medio de las naciones escíticas.

III. — FRONTERA DEL ESTE Y DEL SUR.

Reino del Bósforo y pueblos del Cáucaso. — Pompeyo hubo de dejar este reino al hijo parricida del gran Mitridates. Farnaces tuvo la audacia de combatir á César y pagó su audacia con la corona y la vida: Asander, á quien dejara en sus Estados, dió muerte al ascendido príncipe á la vuelta de su desastrosa expedición (47 a. J. C.). En el tiempo que nos ocupa poseía este reino, que por su comercio era el centro de las relaciones del mundo romano con el Oriente, y por su fertilidad el granero de las provincias orientales.

Desde que los partos cerraron el camino del Asia central, los productos de la alta Asia llegaban á Europa por el mar Caspio y el Bósforo. Las caravanas de las ciudades griegas iban á buscarlos hasta más allá del Volga, adonde se traía el oro del Ural, y en este punto de contacto del mundo civilizado y del mundo bárbaro se hacían enormes ventas del género más común entonces, y el que mejor se colocaba sin embargo, el género hombre, el esclavo.

Pero los montañeses del Cáucaso infestaban con sus piraterías las aguas orientales del Euxino; y para ello no ne-

cesitaban grandes barcos: algunas tablas unidas con cuerdas, sin cosa de hierro ni cobre, formaban una barca, y en un día, toda una flota salía del astillero del puerto. Si la mar se alteraba, añadían tablas á la banda, y cuanto más se hinchaban las olas, tanto más subía la débil muralla. Así, llegaban hasta cerrarla en forma de bóveda; luego, se abandonaban audazmente á las olas y arribaban allí donde la tempestad los arrojaba.

Sin embargo, todavía quedaban griegos en aquella costa: Dioscurias, á la entrada de la Cólquide, traficaba, según parece, con trescientas tribus.

El istmo que separa á la Europa del mar Caspio estaba cortado por dos valles, el de Faso ó de la Cólquide que desciende al Ponto Euxino, y el del Ciro, ó la Iberia y la Albania que se abre sobre el mar Caspio: los dos conducen á las *Pilas Caucasianas*, paso estrecho abierto por la naturaleza entre montañas inaccesibles, y cerrado entonces por una puerta de hierro.

Los colcos que al parecer descendían de una colonia fundada por Sesostris á orillas del Faso, habían sido célebres en otro tiempo por su industria y sus riquezas: su país no suministraba ya más que las materias necesarias para las construcciones navales; pero las daba en grande abundancia, porque desde la orilla de la mar se elevan montañas de 4 á 5000 pies de altura cubiertas de cerrados bosques. Aquel agreste suelo sostenía una raza robusta, laboriosa y brava, cuyas aptitudes guerreras se alababan mucho. Probablemente los había puesto ya Roma bajo el gobierno de Polemón, que había obtenido de Antonio una parte del Ponto, y recibiera de Augusto el reino del Bósforo con la obligación de hacer por el imperio la policía de aquellos lejanos países.

Los iberos se dividían en dos grandes agrupaciones: los más numerosos habitaban la región montañosa y eran muy belicosos; los demás ocupaban la llanura y cultivaban sus campos viviendo á su gusto en paz: eran sus usos los mismos de los armenios y los medos y por su división en castas se reconoce la vecindad del Oriente. El rey, su familia y los nobles formaban naturalmente la primera clase; los sacerdotes, que eran al mismo tiempo jueces de las diferencias de la nación con sus vecinos, la segunda; los soldados y los labradores, la tercera; y la gente del pueblo, los esclavos del rey y demás hombres sujetos á todos los servicios, la cuarta. En cada familia estaban los bienes en común, pero administrados por el hijo mayor de la casa, que era el único que mandaba (1). Muchos de estos usos convendrían hoy á los georgianos.

Los albaneses diferían poco de los iberos, y Estrabón asegura que eran como éstos un tanto aficionados á la guerra. Comprenderemos ahora cómo los alanos, que habitaban al Norte del Cáucaso, pudieron fácilmente forzar aquellos formidables desfiladeros; unos pastores dedicados exclusivamente al cuidado de sus rebaños no podían oponer un grande obstáculo á un pueblo que arrancaba la piel del cráneo de sus enemigos y se adornaba con ella.

Armenia. — La Armenia es la elevada región de que descienden el Tigris y el Eufrates y de donde arrancan en todas direcciones las montañas que cubren el Asia occidental. El Cáucaso, muralla aislada, medio asiática, medio europea, corre en el sentido de la gran línea orográfica del antiguo continente, pero sólo envía al Sur cortos ramales que vienen á morir al istmo por donde corren el Faso (Rhion) y el Ciro (Kour). El Ararat, al contrario, es el

(1) Herodoto, II, 102-106; Estrabón, XI, 498.

centro geológico al cual pueden ligarse todas las cadenas que atraviesan el Asia Menor, la Siria y la Media. A esta soberbia montaña que eleva á 5,160 metros sobre el nivel del Euxino su masa volcánica coronada de eternas nieves, llaman los armenios la *Madre del mundo*, y los turcos la *Montaña de Noé*, y desde lejos indican sobre su cima el punto en que paró el arca que salvó á la humanidad. «Genios armados de flamíferas espadas guardan la nave sagrada, verde como el musgo de las pendientes.»

Estas tradiciones prueban que el Ararat llamó la atención de los pueblos desde muy temprano; pero su representación histórica es más grande que su representación legendaria. Gracias á ella, es la Armenia en el Asia Occidental, lo que la Suiza en Europa: una fortaleza natural, una posición dominante, donde se encuentran las llaves de las comarcas vecinas. De aquí la importancia estratégica de la Armenia en las guerras de los romanos y los partos. Que los primeros sean dueños de esa alta meseta y estarán los partos amenazados por su flanco; que la dominen éstos y podrán inundar las provincias romanas con su innúmera caballería.

La Armenia, por su desgracia, figurará incesantemente en la historia de los dos imperios que bordean su frontera, siendo el campo de batalla de sus intrigas y de sus armas. A los males de la guerra, añadirá todavía las discordias intestinas, repartiéndose entre sus dos temibles rivales, bien que los odie á los dos, y recibiendo de sus manos diez reyes en menos de cincuenta años. Recientemente Artavasdes, engañado por Marco Antonio y llevado cautivo á Alejandría, fué degollado por orden de Cleopatra. «Pero el trágico fin de su padre, dice Tácito, hizo irreconciliable enemigo nuestro á su hijo Artaxias, el cual, apoyado por los Arsácides, supo defender su persona y sus Estados.» Augusto pondrá orden en esta independencia peligrosa.

Los partos. — Los Arsácides que habían vencido ya dos veces á las legiones, compartían con los romanos la dominación del mundo conocido y parecía ser el más formidable enemigo que el imperio tuviera que temer. Tomaban el antiguo título pérsico de *rey de los reyes*, porque de ellos dependían buen número de príncipes y los reyes de la Bactriana, de la Media Atropátene, de la Armenia, de la Adiabena, de Elimaída, de la Pérsida, de la Caracena, y estaban además aliados con los jefes de las numerosas hordas del mismo origen que su nación, que con el nombre de masagetas y alanos, se habían extendido entre el lago Aral y el Tanáis. Desde el Indo hasta el Eufrates todo parecía sometido á su poder y á menudo habían amenazado al Asia Menor y á la Siria.

Pero lo que el Rin era para la civilización romana, era el Eufrates para la civilización helénica. El mundo griego acababa verdaderamente en sus márgenes, y por eso todos los países situados al Occidente de este río habían entrado tan fácilmente en el imperio de Roma. A la parte de allá había otra naturaleza y otros hombres.

Ni los romanos ni los partos tenían interés en mover estas barreras, y aunque hubieran querido hacerlo, tampoco habrían podido lograrlo, porque otras leyes distintas de la fuerza presidían á la duradera agregación de esos grandes cuerpos que se llaman imperios. Los germanos podrán desbordarse un día sobre la Galia, porque son llamados á esto por el recuerdo de anteriores invasiones, por la necesidad de más espacio, de más sol, de una vida más dulce, y sobre todo, por la organización militar de sus tribus; pero esos partos que viven á caballo ó bajo la tienda de campa-

ña, ¿qué tienen que hacer en el Líbano ó en el Tauro? ¿Irán á encerrarse en las quinientas ciudades del Asia, cuando ni siquiera entran en Seleucia, república griega á las puertas de Tesifonte (1)? El Tíber y el Oronte podían correr bajo las mismas leyes, como van al mismo mar; nunca el Ródano y el Indo.

Fuera de esto, este imperio no tenía más que las apariencias de la grandeza y de la fuerza. El feudalismo que se quiere encontrar únicamente en la Europa de la Edad media, ha existido en todos tiempos en el Asia. Por debajo de los reyes se ve una poderosa aristocracia, cuyos jefes eran los surenas ó generales, y que daba ó quitaba la corona, imponiéndose la ley de elegir el príncipe en la rama primogénita de los Arsácides (2).

Para contrapesar esta influencia, tenían los reyes la costumbre de asociarse en vida uno de sus hijos; pero como rara vez tomaban al primogénito y los hermanos del hijo preferido encontraban siempre magnates que apoyaran sus pretensiones, venía á ser esta elección un semillero de crímenes y guerras, y el trono del rey de los reyes vacilaba en la sangre.

Ahora que la política de los romanos será más seguida y vigilante, nunca dejarán de tener los emperadores algún Arsácide á la mano para mantener la corte de Tesifonte en el temor perpetuo de una revolución.

Un rasgo bastará para pintar esta monarquía bárbara, muy inmediata aún á su origen para que no fuera posible un gran esfuerzo contra el enemigo de afuera, á condición, sin embargo, de que rara vez fuera necesario, pero muy mal organizada, sin policía ni orden, para ser verdaderamente temible. Dos judíos, Asineo y Anileo, oficiales tejedores en la ciudad de Nierda, hubieron de ser maltratados por su amo, y refugiándose en una isla del Eufrates, llamaron á sí á todos los bandidos de las cercanías. La gaviilla creció rápidamente y muy luego fueron bastante fuertes para imponer contribuciones al país, degollando los rebaños de los que se resistían, pero prometiendo á los obedientes defenderlos contra todos. Llegó la noticia al rey Artabán, y el gobernador de Babilonia recibió orden de reunir el mayor número de tropas que pudiera para ahogar en su origen aquel foco de rebelión.

El sátrapa fué batido, á gusto y contentamiento del príncipe, que, prendado del valor de los dos hermanos, quiso verlos, y luego de verlos, honrarlos, sentándolos á su misma mesa. «Su designio, dice el autor de este relato, era atraerse á los judíos para que el temor que inspiraban retuviera á los grandes en el deber, como quiera que éstos amenazaban sublevarse en cuanto tuvieran á mano la ocasión.»

Uno de los generales partos estaba indignado de ver el honor que se les hacía á los bandoleros y quiso matarlos en la misma mesa real. «¡Cuidado! exclamó el rey. Tienen mi fe y han de salir de aquí incólumes; pero si quieres vengar á los partos de la mengua que han sufrido, luego que ellos vuelvan á su campo, atácalos lealmente sin que yo tenga que ver en ello.»

Y el día siguiente despidió á sus huéspedes. «No es bueno, les dijo, que os detengáis aquí más, porque os

(1) Tac. *Ann.* VI, 42, y Plin. *Hist. nat.* VI, 30. Seleucia sostuvo contra los partos un bloqueo que duró siete años (Tac. *Ann.* XI, 9). El Monumento de Ancira llama á los sátrapas *principes et reges*. Plinio (*Hist. nat.* VI, 29) dice: *Regna Parthorum duodeviginti sunt omnia, ita enim dividunt provincias.*

(2) Estrabón (XI, 515) habla de dos consejos que hacían la elección, uno compuesto de los miembros de la familia real, y otro de sabios y magos. Por desgracia, remite Estrabón, para sus detalles, á sus *Memorias históricas* que se han perdido, y en las cuales consagraba un libro entero á las costumbres de los partos.

atraeráis el odio de los jefes de mis tropas y atentarían á vuestra vida, mal que me pesara. Os recomiendo la provincia de Babilonia y no permitáis que se hagan en ella estragos. Es gratitud que me debéis, por no haber escuchado á los que querían vuestra perdición.»

Los dos hermanos volvieron á su isla, donde vivieron mucho tiempo respetados de los gobernadores, queridos de los babilonios, á quienes protegían, y poderosos en la Mesopotamia. Más de una vez, á ejemplo de los grandes señores de la corte, tuvieron los advenedizos caprichos y gustos reales. Así, sucedió que un día vió Anileo á la mujer de un sátrapa, y enamorado de ella, declaró la guerra al marido para casarse con ella, y lo mató en un combate. Y otro día, entró al pillaje por las tierras de un babilonio muy rico, de nombre Mitridates, el cual al frente de un cuerpo de caballería fué en son de guerra contra los hermanos para vengar su agravio y la temeridad de ellos. Pero vencido y prisionero, fué paseado completamente desnudo á lomos de un asno para irrisión de los pasajeros, y después de este escarnio todavía tuvieron la audacia de dejarlo libre.

Este Mitridates era sin embargo el personaje de más cuenta entre los partos, era un príncipe, era yerno del mismo rey. Y en el centro de la monarquía, en la provincia en que residía la corte, casi en presencia del rey, ocurrían estas rebeliones, estas afrentas á la majestad real, estas guerras privadas que recuerdan nuestros tiempos feudales. Bien se ve que el imperio romano, tan fuertemente disciplinado, no tenía nada que temer de tales enemigos.

Nómadas del Asia y del Africa. — «El Eufrates, dice Estrabón, separa á los partos de los romanos; pero el río está bordeado de árabes que no obedecen á unos ni á otros, y secuestran ó ponen á rescate á los comerciantes y demás viajeros.» Toda la línea de las fronteras meridionales estaba igualmente cubierta de desiertos ó de gente molesta, aunque no peligrosa. Al Sur de la Palestina, los árabes nabateos formaban en la península bíblica del monte Sinaí un reino cuyo jefe, enemigo del rey de los judíos, buscaba en Roma protección contra él. Petra, su capital, á dos jornadas de camino de todo país habitado, era el depósito del comercio del Yemen con el Asia meridional y la Europa.

Así los negociantes romanos van á acudir á este mercado, y como Palmira, esa otra reina del desierto, Petra ofre-

cerá todavía á vista del viajero las ruinas de un templo, de un arco triunfal y de un anfiteatro. Roma dejó su huella hasta en aquel mar de arenas movilizadas en que todo se borra.

En el valle superior del Nilo andaban errantes los blemies y los nubios: tres cohortes situadas en Siene habtaban para cerrarles la entrada de Egipto. En la alta planicie de la Abisinia reinaban príncipes que se llamaron más tarde descendientes de Salomón. Tolomeo Evergetes cuyas victorias atestiguan el obelisco de Axum, de pie todavía hoy, les había ocupado muchas provincias, que sus débiles sucesores dejaron escapar. Los axumitas, á los cuales había enseñado el camino de la India, se apoderaron de este rico comercio que favorecía su posición cerca del *Bab-el-Mandeb*, pasaje temible que los árabes llamaron *Puerta de las lágrimas*. El reino abisinio crecerá muy luego, como en tiempo remoto en que amenazó el imperio de los Farones; pero su ambición se volverá hacia la Arabia, que mira á la otra parte del estrecho espacio del mar Rojo, y dará leyes á aquellos homeritas del Yemen, que Augusto, menos feliz, hará atacar en vano.

Los romanos sólo tenían del Africa en el Mediterráneo lo que la Europa ha tenido alguna vez de este continente: las costas. Y todavía, desde el Egipto hasta el lago Tritón, los nómadas eran los verdaderos dueños del país, fuera de la Cirenaica, los unos establecidos con más ó menos fijeza en algunos oasis ó errantes con sus ganados, y los otros, de instintos más violentos, viviendo del merodeo, de la rapiña, del bandolerismo.

«Salen, dice de ellos Diodoro, salen de improviso de sus soledades, roban audazmente lo que se les viene á las manos y vuelven luego á sus albergues cargados con el botín. Estos libios duermen al raso, al aire libre, y no tienen mejores instintos que los brutos.»

»Sus jefes no tienen ciudades, sino algunas torres construídas á orilla del agua, y en ellas conservan sus víveres. El extranjero es para ellos un enemigo, y por eso dan muerte sin compasión á todos los que encuentran.»

Las soledades que se extendían al Sur de la provincia romana, del país de los númidas y de los moros, eran recorridas por los garamantas y los gétulos, que tenían los mismos instintos de sangre y de rapiña; pero eran también demasiado bárbaros, estaban muy divididos y en pequeño número para que pudieran inspirar serias inquietudes.

CAPITULO LXIV

ITALIA Y EL PUEBLO ROMANO

I. — ITALIA.

El viaje que acabamos de hacer á través de las provincias romanas y los países limítrofes, nos trae enfrente de España, de donde habíamos partido para dar la vuelta del Mediterráneo. Pero en medio de este mar único en el mundo por la belleza de sus playas, en el centro de esa cuenca á que convergen las miradas de tantos pueblos, hemos olvidado la península que se elevaba como una alta ciudadela, desde donde Roma vigilaba y contenía su imperio.

Por desgracia, Italia había expiado cruelmente sus victorias, y sólo á los tiempos antiguos podía referirse el magnífico saludo del poeta:

*Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
Magna virum!*

Y en efecto, ¿qué quedaba ahora de la antigua raza italiana? Y la misma Italia ¿era aún aquel fecundo suelo á que habían venido los dioses, según se creía, á dar las primeras lecciones de la ciencia agrícola? Había ciertamente por aquí y por allá vestigios de la antigua fertilidad; en algunos puntos se mostraban maravillas: una vid que tenía dos mil racimos y otra, en la misma Roma, que daba doce ánforas de vino, Varrón encomiaba también el trigo de la Campania y de la Apulia, el vino de Falerno, el aceite de Venafro «y esa multitud de árboles que hace de nuestro país, decía, un inmenso vergel.»

Pero generalmente la riqueza del suelo se había perdido con las viejas tradiciones del cultivo, y el trigo no daba ya, por término medio, más que 4 por 1. «Hemos abandonado el cuidado de nuestras tierras á nuestros últimos